

Por falta de un clavo

Mary Robinette Kowal

Con una mano, Rava se ajustó las gafas de la interfaz de realidad virtual que se le estaban clavando en el puente de la nariz, mientras mantenía la otra en las profundidades de las entrañas de Cordelia. A duras penas había conseguido introducir la mano, junto con el mango flexible de una cámara monolente, por la apertura del chasis que daba acceso al interior de la IA. El ruido de tambores y las risas que llegaban desde el compartimento vecino atravesando los tabiques plásticos indicaban que la fiesta de concepción de su hermana estaba todavía en pleno apogeo.

Al estar conectadas a una única cámara, la imagen que Rava recibía en las gafas de la interfaz mientras se esforzaba por volver a conectar el cable de transmisión carecía de profundidad. El chasis no había sido diseñado pensando en que pudiera ser necesario realizar reparaciones. Para nada. Se había diseñado para que durara cientos de años sin necesidad de una mejora.

Si Rava no conseguía conectar el cable y hacer que funcionara, Cordelia no podría descargar las copias de sí misma a su memoria permanente. Y en la memoria operativa no podía almacenar más de una semana. Sería como condenarla a ir muriendo lentamente.

El conector cuadrado del extremo del cable se escurrió de entre los dedos de Rava. Una vez más.

—¡Mierda! —Rava golpeó con el talón el suelo de la nave, presa de la frustración.

—Si tú no puedes, deja que lo intente otro.

Su hermano mayor, Ludoviko, había insistido en marcharse con ella de la fiesta por si podía resultarle de ayuda.

—¿Sabes qué?, que la cosa estaría yendo mucho más rápida si no te tuviera en la chepa.

—¿Y tú sabes qué?, que no estarías haciendo nada de esto si no se te hubiera caído.

Rava reprimió el impulso de arrancar la cámara del enchufe de las gafas para fulminarle con la mirada. Aunque él hubiera sacado mejores notas cuando estudiaban, la encargada de la IA era ella.

—¿Por qué no vuelves a la fiesta a ver si puedes aprender algo sobre fertilidad?

Recogió el conector y lo intentó una vez más.

—¡Si serás...!

La voz de Ludoviko estaba cargada de furia, más de la que Rava había esperado despertar con esa pulla lanzada un tanto al azar. Supuso que la apelación de su hermano al consejo de reproducción no había ido bien.

La voz de Cordelia les interrumpió, impidiendo que Ludoviko continuara con lo que iba a decir.

—No ha sido culpa de Rava. Fui yo quien le pedí que me cogiera en brazos.

—Sí —dijo Rava mientras se concentraba en el cable, intentando que quedara alineado.

—Sí, claro, y entonces te tiraste al suelo —se burló Ludoviko.

Cordelia suspiró y Rava casi tuvo la sensación de que su aliento le hacía cosquillas en la piel.

—Si vas a echarle la culpa a alguien, échasela a Branson Conchord por chocar contra ella.

Rava no se molestó en contestar. Llevaban una hora con esa misma conversación y Cordelia tenía que saber ya perfectamente cuál iba a ser la respuesta de Ludoviko.

—Fue una irresponsabilidad por su parte —replicó su hermano igual que si estuviera programado—. Debería haberse negado. La habitación estaba llena de gente borracha y armando jaleo, y tú eres demasiado valiosa.

Rava apoyó la cabeza contra el liso lateral de madera del chasis de la IA y cerró los ojos, sin prestar atención ni a su hermano ni a la imagen plana de las gafas. Hizo rodar entre los dedos el resbaladizo conector del extremo del cable, construyendo en su mente la imagen del cuadrado blanco y del cable plano y dorado que salía del mismo. Fue deslizando el cable hacia delante, hasta chocar contra el

enchufe. Giró la cabeza y concentró toda su atención en las ínfimas pistas que, gracias a la fricción, le iban llegando por el brazo. Se trataba de un problema fácil, comprensible.

No quería ni pensar en lo que sucedería si no conseguía reparar la avería.

Si no podía ir descargando el contenido de su memoria, Cordelia tendría que ir borrándose cada poco para poder seguir funcionando. Y todo porque Rava le había preguntado si quería bailar. Al menos Ludoviko no se había enterado de esa parte del accidente. Rava giró la cabeza un pelín más y sintió el dulce momento del alineamiento. Cuando empujó el conector hacia delante, las clavijas se deslizaron en los orificios correspondientes, como si se estuvieran burlando de ella por la facilidad de la conexión. El conector encajó con un ruido sordo.

—Bien, ya está.

Abrió los ojos y se encontró con la maravillosa visión del cable enchufado en su lugar.

—¿Está enchufado? —preguntó Cordelia con voz vacilante.

Durante un instante Rava siguió pensando en el cable, hasta que su cerebro se percató de la pregunta de Cordelia. De un tirón desconectó la cámara, y los cristales volvieron a ser transparentes.

—¿No lo notas?

La caja oblonga del chasis de Cordelia había sido modificada para convertirla en una imitación de un buró portátil de roble de la época victoriana, que estaba colocado encima de la mesa plegable de plástico del compartimento de Rava. Las dos cámaras gemelas de latón (bastante anacrónicas) que había en la parte posterior se giraron hacia Rava.

Encima del buró flotaba un holograma de tamaño natural del torso de Cordelia. Su aspecto en esos momentos era el de una mujer victoriana de mediana edad y un tanto metida en carnes. Se mordió el labio, que era el gesto que en su lenguaje corporal correspondía a la incertidumbre.

—Mis sistemas no lo detectan.

—¡Joder, Rava! Deja que le eche un vistazo.

Ludoviko, el apuesto y petulante Ludoviko, alargó la mano hacia el cable de la cámara dispuesto a conectarlo a sus propias gafas RV.

—No te va a caber el brazo —le dijo Rava apartándole la mano. Aunque el zumbido de la ventilación de la nave le indicó que los sistemas de mantenimiento vital estaban funcionando, Rava tenía la sensación de que el ambiente estaba cargado y apestaba. Sin prestar atención a su hermano, se volvió hacia la IA—. ¿No necesitará tu memoria permanente un reinicio?

—No debería. —La imagen de Cordelia bajó la mirada como si pudiera ver en su interior—. ¿Estás segura de que está enchufado?

Rava volvió a conectar el cable de la cámara a sus gafas RV y esperó hasta que la imagen plana se sobrepuso a su propia visión. El cable estaba conectado en su clavija sin que entre ambos se viera intersticio alguno. Alargó la mano y lo sacudió un poco.

—¡Ay! —exclamó Cordelia con una especie de hipido—. Durante un momento ha estado ahí. Lo he visto, aunque no haya podido llegar a pillar nada.

Como la IA traducía la mayor parte de lo que experimentaba para los profanos, como los familiares de Rava, la retraducción a términos técnicos casi resultaba surrealista.

—¿Tienes un cortocircuito?

—Es probable, sí.

Rava se quedó con la mano en el cable unos instantes más, sopesando las posibilidades.

—A lo mejor es el transmisor —sugirió Ludoviko.

—No, porque durante ese momento lo he notado —dijo Cordelia moviendo la cabeza negativamente—. Seguramente el enchufe esté rajado. Debería ser sencillo sustituirlo por otro.

Rava soltó una áspera carcajada.

—Si crees que va a ser sencillo es que no tienes idea de lo angosto que es tu interior. —Sintió que se le ponían los pelos de punta solo de pensar en intentar meter un

voltímetro por la estrecha abertura—. ¿Qué os apostáis a que el tío Georgo llama en cualquier momento preguntando por qué estás apagada?

—No estoy apagada —dijo Cordelia con altivez—, solo estoy incomunicada.

Rava sacó la mano y se la masajeó para reactivar la circulación.

—Así que la pregunta del millón es... ¿hay un enchufe de repuesto?

Rava desenchufó la cámara y se recostó para observar a Cordelia. El rostro de la IA se veía pálido.

—No... no me acuerdo.

Rava se quedó paralizada. Sabía las implicaciones que tenía para Cordelia no contar con su memoria permanente, pero no se había planteado las que tenía para su familia.

Cordelia representaba la continuidad de su familia, sus conexiones históricas con su pasado. Había familias que rodaban documentales. Otras que llevaban un diario. Su familia había elegido utilizar a Cordelia para registrar y gestionar todo lo relacionado con su viaje en la nave generacional. Y peor todavía, era ella quien supervisaba todos sus archivos. Nacimientos, muertes, matrimonios, calificaciones escolares... todo esto se controlaba a través de la IA, a la que podían recurrir todos los miembros de la familia en cualquier momento gracias a sus gafas RV.

—Pues qué bien...

Ludoviko golpeó la pared con la palma de la mano, y el plástico se combó por el impacto.

Rava fijó la mirada en el rígido suelo metálico intentando ocultar el abatimiento que se reflejaba en su rostro.

—Bueno, vamos a ver. El tío Georgo ha dicho un montón de veces que nuestros antepasados metieron en su equipaje un duplicado de todo, así que tiene que haber un repuesto, ¿verdad?

—¿Sí?

A Rava la incertidumbre en la voz de Cordelia le resultaba dolorosa. Siempre, desde su más tierna infancia, Cordelia lo había sabido todo.

—Así que vamos a llamarle para ver si tiene una copia del inventario, ¿vale?

Se ajustó las gafas RV e intentó sonreír tranquilizadoramente.

Cordelia negó con la cabeza, manifiestamente angustiada.

—No puedo transmitir.

—Bueno... —Rava se mordió el labio, dándose cuenta de que no tenía ni idea del número de su tío—. ¡Mierda! Ludoviko, ¿tienes tú su información de contacto?

Su hermano se volvió y se apoyó contra la pared, moviendo la cabeza negativamente.

—No, la comunicación siempre la establece Cordelia.

—Lo siento. —La IA, con los ojos entornados, era la viva imagen de la auténtica desdicha.

Ludoviko hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—Tú imprímelo y ya lo marcaré manualmente.

Rava lo miró con aires de superioridad, alegrándose de que hubiera cometido un error tan básico.

—Ludoviko, si no puede conectarse con nosotros tampoco puede conectarse con una impresora. —Activó el teclado virtual y alzó las manos para pulsar las teclas que parecían estar flotando delante de ella—. Dímelo y lo marcaré.

—A la antiquísima usanza... —se mofó su hermano.

—¡Vete a tomar por saco!

Rava tecleó la secuencia en el teclado virtual mientras Cordelia le iba dictando la dirección de enrutamiento. Sin embargo, antes de que llegara a realizar la llamada, Cordelia exclamó:

—¡Con un cable externo! Lo siento, se me tenía que haber ocurrido antes. —Los hombros de Cordelia se relajaron y la IA se llevó la mano al pecho en una imitación perfecta de una mujer victoriana al borde de un desvanecimiento—. Me podríais conectar directamente con

un cable al sistema principal de la nave y así podría tener acceso a mi memoria.

—¿Funcionaría? —preguntó Rava.

Rava retiró la mano del botón de llamada. No recordaba haber visto nunca un ordenador con cables externos conectándolo a nada.

—Debería.

Cordelia bajó la mirada hacia la parte posterior de su chasis, igual que una mujer intentando ver el cierre de su vestido.

Rava desactivó el teclado y se acercó a la parte de atrás del chasis de la IA.

Debajo de dos brillantes diales de latón había cuatro sombríos rectángulos, de cuya existencia se había olvidado por completo.

—Al menos están accesibles. —Hundió la mano en su cabello, con la mirada clavada en los puertos—. ¿Alguna idea de dónde demonios puedo conseguir un cable?

—Estará con los demás repuestos de Cordelia.

Y aunque Ludoviko no llegó a decir «estúpida», ella lo oyó perfectamente.

—Que a su vez estarán... ¿dónde? —Rava se agachó para examinar los puertos. Parecían preparados para un conector distinto al del cable del interior de la IA—. Porque me temo que nuestra familia no ha recurrido a ese

contenedor desde que despegamos. ¿Quieres que adivinemos en cuál de nuestros contenedores están los repuestos de Cordelia o acaso estabas sugiriendo que nos gastemos los créditos en hacer que los suban todos desde la bodega?

—Gástate tú los créditos. Es a ti a quien se te cayó.

—¿Queréis hacer el favor de dejar de pelearos? — Cordelia se rió entrecortadamente—. Estoy intentando fingir que la experiencia de perder la memoria es positiva para mí. Que sirve para afianzar el carácter.

—A ver, un momento... —Rava levantó la mano—. El tío Georgo tendrá el inventario.

—No, no hace falta molestar a vuestro tío ni andar recuperando los contenedores de la bodega. Podéis ir a Mercaderías Petro —sugirió Cordelia mucho más animada—. Alguien más tiene que tener un cable en la nave.

Rava asintió con la cabeza, ligeramente animada por el alivio.

—Sí, seguro que sí. Así que lo único que tengo que preguntarle al tío Georgo es qué clase de cable necesitas.

—¿Por qué no me llevas a la tienda de Petro? — propuso Cordelia ladeando la cabeza—. Así podrás elegir el cable que encaje en el puerto sin necesidad de molestar a Georgo.

—Buena...

Ludoviko sacudió la cabeza antes de que ella pudiera terminar la frase.

—Harás cualquier cosa que te evite tener que contárselo al tío Georgo, ¿verdad?

No andaba demasiado desencaminado. Cuando el tío Georgo había renunciado a su puesto como encargado de Cordelia y había aceptado uno en el consejo familiar, a todos les había pillado por sorpresa. Era muy bueno con la IA y todos pensaban que iba a continuar ocupando ese cargo hasta que los años pudieran con él. Nadie se esperaba que alguien tan joven como Rava, con sus veintiséis años, fuera a suceder a Georgo en el puesto. Y lo último que ella quería era que la familia empezara a decir que su nombramiento había sido un error.

Apretando los dientes, Rava activó el teclado y llamó al tío Georgo. El timbre de llamada sonó durante más tiempo del habitual. Cuando Georgo respondió por fin y Rava lo vio en sus gafas igual que si estuviera con ellos en la habitación, tenía los ojos rojos e hinchados, como si hubiera estado llorando.

—¿Sí? —dijo con voz temblorosa.

—Tío Georgo... —Rava se inclinó hacia delante, sintiendo punzadas de miedo por el cuerpo—. ¿Qué sucede?

—No... No... —Detrás de sus gafas RV, sus ojos se desviaron hacia la izquierda como si estuviera buscando a

alguien. Luego se humedeció los labios—. ¿Sabes dónde está Cordelia?

Rava hizo una mueca. Se le había acabado el andarse con rodeos.

—Sí, en cuanto a eso... Pues resulta que... Cordelia está bien, pero tenemos que cambiarle una pieza.

Georgo arrugó la frente, y las cejas casi se le juntaron en su gesto de confusión.

—¿Una pieza?

—El transmisor, creemos. —Si se limitaba a mencionar el problema de pasada, a lo mejor su tío pensaba que tenía todo controlado—. Bueno, te llamaba para ver si tú sabes qué tipo de cable necesita Cordelia para conectarse mediante los puertos externos.

George masculló algo, mientras se tiraba de la oreja.

—Pero ¿y Cordelia? ¿Sabes dónde está?

—Está en mi cuarto. —Giró la cabeza para que el chasis de Cordelia apareciera en la imagen—. ¿La ves? De veras, lo único que hay que hacer es cambiar un enchufe.

—¿En tu cuarto? ¿Por qué está contigo? ¿Por qué tienes a Cordelia? —Había ido alzando la voz, que se quebró cuando dijo el nombre de la IA. No era la primera vez que Rava y él tenían algún altercado relacionado con el mantenimiento de Cordelia, pero en esta ocasión su tío

estaba sacando las cosas de quicio totalmente, o al menos bastante—. Debería estar conmigo.

Rava se tambaleó como si su tío la hubiera golpeado. Georgo había renunciado al puesto de encargado de la IA y, de entre todos sus familiares, ella había sido la persona a la que Cordelia había elegido para sustituirlo. Si la IA no le echaba en cara que la hubiera dejado caer, entonces su tío tampoco tenía derecho a decirle nada.

—A ver, la encargada de Cordelia ahora soy yo, y soy capaz de solucionar el problema. Lo único que necesito es el cable.

—¿Dónde está? Quiero verla.

Rava tuvo que luchar contra el impulso de arrancarse las gafas. Con los puños tan apretados que los dedos le dolían, dijo:

—Ya te lo he dicho, está en mi cuarto.

—Tu cuarto... pero es que no lo entiendo. ¿Quién eres tú?

Rava se quedó paralizada, sin respiración.

—¿A qué te refieres?

Su tío abrió los ojos de par en par y luego puso cara de pocos amigos.

—No quiero seguir hablando contigo.

Alargó la mano e interrumpió la conexión, y su imagen se desvaneció.

Rava se sentó en el suelo, con la respiración entrecortada y las manos temblándole. Toda la conversación había sido un despropósito. Es cierto que su tío tenía el genio vivo, pero también que siempre había sido una persona sumamente racional. Esto había sido como hablar con una de sus sobrinas. Se pasó una mano por la cara, sudando.

—Lo tienes bien cabreado, ¿eh? —dijo Ludoviko con una sonrisa burlona.

Sin prestar atención a su hermano, Rava clavó un dedo en el botón de rellamada y se quedó escuchando la señal que devolvía el comunicador de su tío. Con cada tono fue cayendo en la cuenta de un nuevo aspecto extravagante de la conversación. El tío Georgo llorando. Ring. El tío Georgo buscando a Cordelia en las gafas. Ring. El tío Georgo preguntándole quién era ella.

Eso tenía que haberlo entendido mal. Aunque bien era cierto que en su mirada no había habido signo alguno de reconocimiento, y tampoco le había dado la sensación de que le estuviera tomando el pelo. Saltó el contestador automático y Rava cortó la comunicación con un manotazo.

Estupendo, ahora su tío estaba filtrando sus llamadas. Pues cogería a Cordelia e iría a verle a su cuarto. No es que le apeteciera demasiado, pero siempre sería mejor que quedarse hablando con Ludoviko.

—Bien, vamos a ver al tío Georgo.

—De veras que no hace falta —le aseguró Cordelia con una sonrisa—. Esto lo podemos solucionar entre tú y yo. Llévame a la tienda y encontraremos un cable que sirva.

Tenía la opción de fingir que no había sucedido nada, que el tío Georgo se había comportado normalmente, pero eso era algo tan ilusorio como la RV. De haberse tratado solo del cable, tal vez la hubiera elegido, pero había otro asunto que había empezado a reconcomerla. Rava asintió con la cabeza.

—Sí, claro. ¿Por qué no te apagas...?

—¡Joder!, no me lo puedo creer... —dijo Ludoviko poniéndose en jarras—. Eres increíble.

—Si tú lo dices... —Rava se giró de nuevo hacia Cordelia—. Apágate hasta que llegemos a la tienda. No tiene ningún sentido que malgastes la memoria en el camino por los pasillos.

Cordelia miró alternativamente a Rava y a Ludoviko, vacilando de manera casi imperceptible.

—Buena idea —dijo con un gesto afirmativo de la cabeza—. Encendedme una vez allí.

Su imagen fluctuó y se desvaneció.

Rava esperó a que la luz de alarma se apagara antes de dejar escapar el suspiro que había estado reteniendo. Se había temido que Cordelia se diera cuenta de que estaba mintiendo.

Ludoviko se dejó caer en la silla que había junto a la mesa.

—¡Menuda estás hecha!

Rava se lo quedó mirando unos instantes, hasta que cayó en la cuenta de que como Cordelia estaba desconectada la llamada a su tío Georgo no habría sido transmitida a su hermano.

—No me reconoció.

—¿Qué? Explícate. ¿Quién no te reconoció?

—El tío Georgo. Le pasa algo... —La voz le falló, el peso de sus sospechas excesivo para que la voz lo pudiera soportar—. ¿Me...? ¿Me acompañarás?

Ludoviko abrió la boca, retorciendo el labio mientras se preparaba para soltar un insulto.

—Por favor.

Su hermano parpadeó y lanzó un resoplido.

—¡Por Dios, Rava! Estás realmente acojonada. Nadie te va a despedir.

—Te lo creas o no, no es eso lo que me preocupa. —Apartó la mirada de las inertes cámaras de Cordelia—. ¿Me acompañarás?

—Sí, sí, te acompañaré.

Su hermano podía sacarla de quicio, pero, curiosamente, contar con alguien que no la podía ni ver le

resultaba reconfortante. Era un hecho manifiesto, algo que agradecía en esos momentos.



El tío Georgo no respondió cuando llamó a la puerta, así que Rava se quedó esperando nerviosamente, con la gente pasando por su lado, hasta que Ludoviko se acercó y golpeó la puerta, haciéndola temblar en sus rieles. El micrófono resucitó con un crujido y se oyó la temblorosa voz de su tío:

—¿Quién es?

—Rava.

—Y Ludoviko.

—He traído a Cordelia —añadió Rava con un suspiro.

La puerta se abrió y el tío Georgo escudriñó el pasillo con evidente recelo. Tenía el pelo alborotado y una mancha marrón en la camisa, que empezaba en el pecho y acababa en el ombligo. Tras desplazar la mirada un instante hacia la esquina de las gafas, miró más allá de Rava.

—¿Dónde está?

Esto no era normal. Rava ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos por la concentración, y separó el chasis un poco del pecho.

—Está aquí.

Georgo resopló y se pasó la mano por el pelo, que se le quedó de punta.

—No la veo.

—¿Es que no te lo ha dicho Rava? —intervino Ludoviko—. Cordelia no puede descargar el contenido de su memoria porque a Rava se le cayó al suelo. Está apagada para ahorrar espacio.

Era agradable saber que el que estuviera dispuesto a echarle una mano no afectaba a su costumbre de denigrarla.

—¿Puedo pasar? —preguntó Rava dando un paso hacia la puerta.

Su tío se mordió el labio inferior, con la cabeza inclinada hacia un lado como era habitual en él, pero sus ojos iban de un lado para otro en busca de algo. Rava decidió aprovechar su indecisión para avanzar. Georgo se apartó cuando ella atravesó el umbral. Su habitación estaba hecha un desastre, con prendas de vestir y ropa de cama esparcidas por el suelo, como si hubiera sacado a toda prisa de los cajones todas sus pertenencias. Su mesa estaba situada en el mismo lugar que la de ella, así que Rava

apartó una camisa arrugada y colocó encima el chasis de Cordelia.

Rava puso el dedo en el botón de encendido y apretó; el clic vibró bajo su dedo al mismo tiempo que se oía un suave repique. Antes incluso de que se hubiera desvanecido, las cámaras de Cordelia se giraron hacia ella y la cabeza y hombros de la IA aparecieron encima del chasis.

—¿Has tenido suerte?

—¡Cordelia! —exclamó Georgo entre sollozos.

Pasó junto a Rava con los brazos extendidos, los dedos temblándole.

Rava no apartó la mirada de Cordelia, cuya imagen permaneció inalterable. Por completo. Para una IA programada para actuar como un ser humano, se había quedado de lo más rígida. Su rostro siguió mirando a Georgo, pero las cámaras se giraron durante un instante hacia Rava, para a continuación volverse a apartar de ella. La IA suavizó la expresión y su imagen empezó a transformarse, el cuello alto del vestido victoriano se fue encogiendo hasta que la mayor parte del busto quedó al descubierto.

Las pestañas se le alargaron y los labios se hicieron más carnosos y sensuales.

—Georgo, cielo, ¿qué le has hecho a tu habitación? —dijo con voz seductora.

—Te estaba buscando. —Georgo alargó las manos hacia ella—. ¿Por qué te fuiste?

—Tenía que comprarte un regalo. Te gustan los regalos, ¿verdad?

Georgo asintió con la cabeza igual que un niño pequeño. El hombre arrogante y seguro de sí mismo que Rava conocía se había desvanecido. Sintiendo un escalofrío se abrazó a sí misma.

—Bien. Ahora acuéstate para dormir la siesta y luego te daré el regalo.

—No quiero acostarme.

Ludoviko rodeó a Rava y se inclinó hacia Cordelia.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Los años que Rava había pasado estudiando los gestos propios de la IA hicieron que la fugaz vacilación de Cordelia llamara enormemente su atención.

—Me temo que eso es información confidencial entre uno de mis usuarios y yo.

Rava sacudió la cabeza. No le gustaban los modales de Ludoviko, pero eso no alteraba el hecho de que Cordelia estaba evitando las preguntas. Tragó y colocó la mano sobre la interfaz de Cordelia, con el pulgar encima del lector de huellas dactilares.

—Informe autorizado. ¿Cuál es el estado del tío Georgo?

Cordelia agachó la cabeza, mordiéndose el labio, y dijo:

—Tiene demencia senil.

—No. —Ludoviko se rió entrecortadamente—. Ayer hablé con él, y os aseguro que no la tiene.

En el silencio de la habitación se oía el zumbido de los purificadores de aire.

—Y si ya no fuera productivo habría sido reciclado. Es la ley fundamental de la conservación de recursos.

—Lo has estado encubriendo, ¿verdad? —A Rava le temblaba todo el cuerpo, pero su voz sonó tranquila e impasible.

—Sí.

Sintió cómo se le encogía la garganta al pensar en que tenía que decir algo. Porque ¿qué podía decir a la vista de los hechos? Cordelia les había mentado, y les había mentado repetidamente. Demencia senil...

Ludoviko dejó caer la mano sobre el hombro de Rava y la apartó de su camino.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. —La voz de Cordelia rozaba lo inaudible.

—¡Mentira!

Ludoviko golpeó la mesa, justo al lado de la IA, cuyo chasis tembló por el impacto. El tío Georgo se abalanzó hacia delante y le agarró el brazo.

—¡No la toques!

Enfurecido, Ludoviko se soltó con brusquedad. Georgo se volvió hacia Cordelia, alargando las manos hacia ella, presa de la desesperación. Ludoviko le puso la mano en el pecho y empujó con todas sus fuerzas. El tío Georgo tosió jadeante y se derrumbó sobre el suelo con un grito.

—¡Ludoviko! —Rava se interpuso entre su hermano y su tío—. ¿Qué es lo que estás haciendo?

Ludoviko señaló con el dedo a su tío, que se encogió asustado.

—Quiero saber desde cuándo están así las cosas, ¡joder!

—Déjalo en paz.

Rava también lo quería saber, pero atacar al tío Georgo, que claramente ya no estaba en sus cabales... En esto último no quería ni pensar: si su tío sufría demencia senil, hacía tiempo que ya debería haber sido reciclado.

—¿Estás oyendo lo que te digo, Rava? Nuestra IA está infringiendo la ley. —Se giró, los tendones del cuello marcándosele por la furia—. ¿Desde cuándo están así las cosas?

Cordelia alzó la cabeza y clavó en él una mirada llena de altivez.

—No lo sé. La fecha en que todo empezó está grabada en mi memoria permanente.

—No te creo. —Ludoviko abrió y cerró los puños igual que un niño de cinco años deseando golpear algo—. Estás mintiendo.

Cordelia se echó hacia delante con el dulce rostro victoriano desfigurado por la ira.

—No puedo mentir. Desinformar, sí, pero no mentir. Si no quieres conocer la verdad, no me hagas preguntas directas para obtener la información. No tienes ni idea, ni idea, de cómo es mi existencia.

Aunque la figura de Cordelia era un holograma, Rava no pudo evitar tener la sensación de que estaba a punto de bajarse de su peana para abofetear a Ludoviko.

—¿Desde el mes pasado?, ¿desde hace tres meses? Tienes que tener alguna idea.

—No lo sé.

—Ludoviko, ¿qué importancia tiene eso?

La frente de su hermano estaba perlada de sudor.

—Tiene importancia porque si ha estado encubriendo a nuestro querido tío, entonces es ella quien me ha impedido reproducirme.

Se oyó el zumbido de la bomba que hacía circular el aire por la habitación.

—¿Cómo?

—¿Acaso no sabes que el tío Georgo está en el comité de reproducción? —Sonrió burlonamente—. No, claro. Como eres una chica, tu imperativo biológico es reproducirte. Tienes que mantener el vientre calentito y a punto. Pero en mi caso no es así. Yo tengo que suplicar que me permitan derramar mi simiente en un tubo de ensayo, por si diera la casualidad de que alguien la quisiera. Mi solicitud fue denegada porque al parecer tengo una personalidad inestable. —Ludoviko fulminó a Cordelia con la mirada y le preguntó—: ¿Cómo de inestable te gustaría que fuera exactamente?

—No recuerdo nada de eso.

Ludoviko hizo crujir el cuello, sin apartar de ella su encolerizada mirada.

—¡Qué oportuno!

—Si quieres una respuesta, te sugiero que ayudes a tu hermana a encontrar un cable.

—Bien. —Rava le dio unas palmaditas en el hombro a su tío, intentando tranquilizar al sollozante anciano—. Cordelia, haz lo que tengas que hacer para que el tío Georgo se comporte con aparente normalidad. Entonces nos podrá decir dónde está el inventario y podremos conseguir el cable.

Rava se sobresaltó ante la brusca carcajada cargada de amargura de Cordelia.

—¿Es que todavía no lo entiendes? He estado utilizando sus gafas RV para irle apuntando lo que tenía que decir cada vez que hablaba. Solo sabe lo que yo sé y yo no me acuerdo de dónde está el inventario.

—¿Por qué? ¿Por qué le has estado encubriendo? Infórmame.

Los ojos de Cordelia lanzaron chispas de furia.

—Te informo, oh, encargada, de que Georgo sería reciclado si el consejo familiar lo considerara improductivo o inútil. Yo me he encargado de que siga siendo útil.

—No, si eso lo entiendo, pero ¿por qué impedir que fuera reciclado? —Rava luchaba por comprender—. Yo tampoco quiero ser reciclada, pero si no nos recicláramos, la nave se llenaría de gente y todos nos moriríamos de hambre. Y además, tú y el tío Georgo fuisteis dos de las personas que me enseñasteis la ley de la conservación... ¿Por qué ibais a infringirla?

De pie a su lado, Ludoviko se quedó inmóvil, esperando la respuesta. Solo se oía al tío Georgo, que se estremecía en el suelo, sollozando, sin prestar atención a los mocos y las lágrimas que le resbalaban por el rostro.

A la IA se le cayó la máscara de entereza.

—No me acuerdo. De lo único que me acuerdo es de que es importante que siga vivo y de que tengo que mantener el secreto.

—Pues bueno, resulta que ya no es un secreto, ¿verdad? —A Ludoviko se le crisparon los labios en un gesto de aversión cuando fulminó a su tío con la mirada.

—Supongo que no. —Cordelia entrecerró los ojos—. Aunque supongo que eso depende de si se lo contáis a alguien o no. ¿Me permitís que os recuerde que fuera cual fuera el motivo que tuviera era lo suficientemente importante como para que se impusiera a mi programación en lo tocante a la ley? Tal vez lo más prudente sea no lanzarse a actuar precipitadamente para cambiar las cosas.

Rava vaciló. Cordelia tenía algo de razón. Una IA incorporaba una serie de tabús intransgredibles e intrínsecos que eran incluso más fuertes que las respuestas que se le habían inculcado a ella en la infancia. Cordelia no podía evitar obedecer la ley.

—Espera un momento. —Se le había ocurrido algo—. Tus restricciones de comportamiento están ligadas al registro legislativo central de la nave. Si no puedes transmitir, ¿cómo sabes cuáles son las leyes?

—Tengo una copia en mi memoria interna de solo lectura que se sincroniza con cada actualización.

Una pena. A Rava se le había ocurrido que con un poco de suerte igual había un segundo transmisor de

respaldo que a lo mejor podía ser manipulado. Sacudió la cabeza para librarse de esa débil esperanza.

—¿Cuánto tiempo queda hasta la hora en que tienes programada la siguiente copia de respaldo?

—Una hora y media. —Cordelia miró hacia arriba a la izquierda, para que se notara que estaba calculando—. Pero con una única entrada de datos puedo almacenar en memoria un período más amplio de lo normal. A lo mejor no tengo que empezar a hacer limpieza hasta dentro de una semana.

Rava sintió aflojarse parte de la tensión que serpenteaba por sus articulaciones. La posibilidad de que tuvieran que empezar a borrar información la había tenido aterrizada.

—Bien. —Ludoviko golpeó la pared con el puño para que le prestaran atención—. A ver... Que no tengas que ir eliminando nada de lo que tienes grabado en la memoria es genial, Cordelia, pero mientras tanto nuestras vidas no están quedando registradas. ¿Qué sugieres que hagamos al respecto?

—Podrías intentar ponerlo por escrito —le sugirió Rava a su hermano con una gran sonrisa—. O podrías dejar de preocuparte por ello puesto que no vas a tener ningún descendiente al que le vaya a importar.

El rostro de su hermano se tornó de un rojo moteado; Ludoviko dio un paso hacia ella, levantando el puño.

—Así que esto no va a quedar registrado, ¿verdad?

—Yo sigo estando aquí. —La cortante voz de Cordelia resonó por la habitación—. Y sigo observando lo que pasa.

—De acuerdo. —Ludoviko bajó el brazo—. Pero pienso contarle a la familia lo que ha hecho Rava.

—Por supuesto. Recórrete a pie la nave entera buscándolos, hasta que localices hasta el último de nuestros familiares. O bien espera hasta que haya arreglado a Cordelia.

—¿Cordelia? —El tío Georgo levantó la cabeza—. No entiendo qué es lo que pasa.

—Georgo, Georgo... —La voz de Cordelia prometía momentos de sosiego y tranquilidad—. Es la hora de tu siesta. Eso es lo único que pasa, que no te has echado la siesta.

Rava se quedó observando mientras Cordelia se valía de su voz para convencer pacientemente al tío Georgo de que se incorporara, se lavara la cara y se fuera a acostar a la cama. La irritabilidad y distracción que había visto exhibir a su tío reaparecieron, pero ahora Rava estaba oyendo la parte oculta de su vida. Todo lo que hizo lo hizo porque Cordelia lo fue dirigiendo con paciencia igual que un marionetista de sombras chinescas. Se creaba la ilusión de que había vida, pero su tío era una figura hueca.



Cuando Rava entró por la puerta del almacén, los pasillos se habían empezado a llenar con el habitual gentío del cambio de turno. Petro estaba sentado en un taburete detrás del mostrador, leyendo, su calva cabeza brillante con una fina capa de sudor como si hubiera estado corriendo.

El lugar estaba lleno de baldas y estanterías bien ordenadas, todas ellas repletas de los desechos de generaciones, agrupados en distintas categorías. Camisas de manga larga, papel, estilográficas, cables y un solitario juego de té de plata. Cada familia había llevado consigo tan solo aquello que había considerado que iba a necesitar; sin embargo, incluso con los recursos finitos, las modas cambiaban.

—¿Qué hay, señorita? —la saludó Petro, y las arrugas producto de su amplia sonrisa le remodelaron el rostro mientras metía el lector en el bolsillo del mono—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna. ¿Y tú?

Como de costumbre, Rava se sintió aliviada al ver que Petro seguía realizando un trabajo valioso y que todavía no le había llegado el momento de ser reciclado.

—Tampoco, tampoco —respondió riendo y encogiéndose de hombros—. ¿Buscas algo en concreto o solo quieres echar un vistazo?

Rava levantó el chasis de la IA.

—He traído a Cordelia para buscar unos cables.

Petro se bajó del taburete y atravesó la habitación con paso tambaleante, indicándole con un gesto que lo siguiera.

—¿Ves todos estos cables? Cada uno es para un aparato distinto y cada uno tiene un conector específico. Los de estas cuatro cajas sirven para los enchufes de la nave, pero cualquiera sabe qué tipo de conector necesitará tu IA.

Rava respiró hondo.

—Gracias, Petro. Voy a echarles un vistazo.

Petro se secó la frente.

—Avísame si necesitas cualquier cosa.

Rodeada por las imponentes estanterías, Rava depositó el chasis de Cordelia en el suelo. Sacó la caja con los cables y se sentó en el suelo junto al silencioso armazón de la IA. Los cables estaban atados en manojos y todos tenían un hexágono plano en uno de los extremos. El otro extremo era de lo más variado. Algunos acababan en diminutos tubos plateados, otros eran cuadrados. Uno parecía ser un electrodo adhesivo. Sacó los cables y los fue probando uno detrás de otro. El tercero encajó a la perfección en el puerto de la parte posterior de Cordelia.

Se incorporó y abrazó contra el pecho el chasis de Cordelia como si fuera uno de sus sobrinos. El cable

colgaba como una cola. Atravesó los pasillos a toda prisa en busca de Petro.

—¿No tendrás un enchufe por aquí?

Petro alzó las cejas sorprendido.

—¿Para una conexión por cable? Me preguntaba para qué querías un cable... —Bajó de un salto del taburete, la hizo pasar detrás del mostrador de la tienda y la acompañó hasta un enchufe instalado en una pared—. Ahí tienes.

Rava depositó el chasis de Cordelia en el suelo, pero el cable era ligeramente corto y no llegaba al enchufe. Petro lo solucionó acercándoles su taburete.

—Menudo incordio, estos cables. No me extraña que la gente dejara de utilizarlos...

—Sí —dijo Rava con una risa falsa—. De todas maneras me llevaré este. ¿Me lo cargas en mi cuenta?

—Claro. —Petro apartó la mirada de Rava para fijarla en Cordelia, y por fin pareció percatarse de que la IA estaba apagada—. Bueno, te dejo que sigas...

Una vez se hubo alejado, Rava apretó el botón de encendido. Las cámaras se giraron para quedar frente a ella mientras los párpados de la IA se agitaban traicionando sus sentimientos tal como estaba programado. El rostro que proyectó estaba encendido y parecía respirar agitadamente.

—¡Ah!, sí, ahora estoy conectada. Dame un momento para que gestione las tareas pendientes.

Rava no quería esperar, ni siquiera un momento. Quería acabar cuanto antes con esa pesadilla y que Cordelia volviera a estar conectada sin necesidad de cables, tal como tenía que ser. Y también quería saber qué hacer respecto a su tío Georgo.

Su comunicador pitó avisándole de que tenía cinco mensajes. Antes de que pudiera abrirlos, Cordelia dijo:

—Hay cuatro transmisores de repuesto. Te estoy enviando a tu comunicador la información del contenedor en donde están.

—Gracias.

Rava abrió el comunicador y leyó el mensaje. Los otros eran mensajes pendientes de miembros de la familia que querían saber qué estaba pasando con Cordelia. Con el rostro crispado, Rava utilizó el transmisor para escribir un breve resumen del problema.

—¿Puedes enviar esto a la familia?

Cordelia hizo un gesto de asentimiento y, tan rápidamente como si hubiera sido una extensión del propio pensamiento de Rava, el mensaje salió.

Preparándose para lo peor, Rava miró por encima del hombro para ver dónde estaba Petro. El hombre estaba lo suficientemente lejos como para que no las pudiera oír, y Rava tenía allí más intimidad que en sus propios aposentos.

—Cuéntame lo del tío Georgo.

—¿El qué? —le preguntó Cordelia alzando las cejas y ladeando la cabeza interrogativamente.

Rava la miró sorprendida.

—Pues lo de la demencia senil. ¿Hace cuánto tiempo que lo estás encubriendo?

Cordelia frunció el ceño y sacudió la cabeza lentamente.

—Lo siento, pero no estoy segura de qué es lo que me estás preguntando.

Las alarmas saltaron en la cabeza de Rava.

—¿Has realizado una sincronización completa?

—Claro, tras estar desconectada toda la tarde ha sido lo primero que he hecho. —Las cejas de Cordelia se juntaron en un gesto de preocupación—. Rava, ¿te encuentras bien?

A Rava le faltaba la respiración.

—Estoy bien. Oye, puedes configurar mi comunicador para que muestre los nombres junto con los números.

—Hecho.

—Gracias.

Rava arrancó el cable de la pared.

Cordelia lanzó un grito ahogado como si la hubieran golpeado.

—¿Qué haces?

—Algo ha sobrescrito tu memoria.

—Eso no es posible, cielo.

—¿Ah, no? Pues entonces cuéntame la conversación que tú, Ludoviko y yo hemos tenido en el apartamento del tío Georgo.

—Bueno... si me vuelves a conectar al sistema para que pueda acceder a mi memoria permanente podría contártela.

—Hemos tenido la conversación hace menos de media hora.

Cordelia parpadeó.

—No es cierto.

—Yo estaba allí. —Rava levantó a Cordelia, abrazando el chasis contra su pecho—. Aunque tú no la recuerdes, yo sí que me acuerdo.



Rava estaba temblando cuando se sentó en la sala del consejo familiar. Ludoviko estaba repantigado en su silla, aparentemente relajado, pero a Rava le llegaba el olor del sudor que le empapaba la camisa. Los ocho tíos miembros del consejo se habían mantenido en silencio durante todo

su relato. Tan solo el asiento del tío Georgo estaba vacío. Tras terminar, Rava se quedó callada a la espera de su reacción.

La tía Fajra apartó de los labios las manos que tenía unidas por las yemas de los dedos.

—¿Dices que desde hace dos años?

—Así es.

Dos años atrás, camuflado en una actualización, el tío Georgo había colado un programa que añadía una ley a la copia de Cordelia de las leyes oficiales de la nave. Georgo se había visto venir lo de la demencia y había tomado medidas para salvarse.

—Cordelia, ¿qué tienes que decir al respecto?

Las cámaras de la IA se giraron para mirar al consejo.

—No deseo poner en duda lo que dice mi encargada, pero no tengo registrado nada de lo que os ha contado, salvo el problema con el transmisor. El resto de sus afirmaciones parecen tan fantasiosas que a duras penas sé por dónde cogerlas.

Ludoviko se inclinó hacia delante en la silla, mirándola con dureza.

—¿Quieres que le preguntemos al tío Georgo?

La vacilación de la IA fue tan leve que si Rava no se la hubiera estado esperando ni la hubiera notado.

—No, no creo que haga falta.

—¿Nos puedes explicar por qué?

Rava miro a sus tíos para ver si también ellos se estaban percatando de esa demora en el tiempo de reacción, que resultaba evidente ahora que Cordelia estaba ajustando sus respuestas a esa ley privada que la obligaba a proteger a Georgo.

—Porque hasta que me dejaste caer, Georgo era un respetado miembro de este consejo. Todos los aquí presentes han hablado con él. No hacen falta más pruebas.

La tía Fajra se aclaró la garganta y apretó un interruptor en su comunicador. Las puertas de la sala del consejo se abrieron y Georgo entró acompañado por un asistente. Caminaba erguido y en un principio sus miradas furtivas fueron el único signo delator, pero entonces vio a Cordelia y su rostro se enfurruñó.

—¡Estás aquí! No he conseguido dar contigo por mucho que te he buscado.

Cordelia se quedó inmóvil, convertida en una imagen estática que flotaba encima del buró. Rava casi veía cómo las líneas de código confluían y entraban en conflicto las unas con las otras. Mantener el secreto de Georgo a salvo, sí, pero ¿cómo?, estando como estaba tan al descubierto. Cordelia volvió el rostro hacia Rava, aunque las cámaras se mantuvieron enfocadas sobre su tío.

—Bueno, tiene pinta de que estoy en una situación un tanto comprometida. Tengo que preguntar a mi encargada qué piensa hacer al respecto.

Rava frunció el ceño al oírla referirse a ella por su cargo, al ver cómo reducía su vínculo a una mera relación entre máquina y humano.

—Tengo que restaurar una versión anterior.

Ahora las cámaras se giraron para enfocarla a ella.

—Dijiste que habías localizado el código.

—He localizado el código que añade la norma de que debes proteger al tío Georgo, pero no el que sobrescribe tu memoria. —Rava señaló con la cabeza a su hermano—. Ludoviko también lo ha estado buscando y tampoco ha conseguido encontrar nada concluyente. Creemos que hay modificaciones en múltiples puntos y la única manera de estar seguros de que lo hemos limpiado todo es restaurar una versión anterior.

—Dos años. —Cordelia sacudió la cabeza—. Si lo haces tu familia perderá dos años de recuerdos y archivos.

—No si nos ayudas a que cuadremos tus versiones.

Rava prefirió hurgar en la cutícula de su pulgar antes que tener que hacer frente a la mirada de la IA.

Cordelia vaciló mientras, una vez más, esas líneas de código, esas malditas líneas de código, pugnaban en su interior.

—¿Y qué le pasará a Georgo?

—Esa decisión no corresponde a la familia. —La tía Fajra se incorporó en la silla y dirigió la mirada hacia el tío

Georgo, que estaba canturreando junto a Cordelia—. Ya conoces las leyes.

Las comisuras de los labios de Cordelia se curvaron hacia abajo.

—Entonces me temo que no os puedo ayudar.

—Creo que ya hemos visto lo suficiente.

La tía Fajra hizo un gesto con la mano y con una presteza nada ceremoniosa tanto Cordelia como el tío Georgo fueron sacados a rastras de la sala del consejo familiar.

Cuando la puerta se cerró, Ludoviko se aclaró la garganta y miró a Rava. Esta le confirmó con la cabeza que podía empezar a hablar.

—Bueno, así es como están las cosas. Esta Cordelia es una reinstalación que hemos hecho tras eliminar el código que localizamos. Y tras todos los intentos de borrado, su reacción ha sido prácticamente la misma. Hemos intentado mentirle y decirle que el tío Georgo ya está muerto, pero nos conoce demasiado bien y se da cuenta de que es mentira. Así que no sabemos cómo se podría comportar en ese escenario. Ahora mismo, insiste en que solo nos ayudará si el tío Georgo no es reciclado.

El tío Johano carraspeó mientras sacudía la cabeza y dijo:

—La decisión no corresponde a la familia. Debería haber sido reciclado en cuanto descubrimos lo que había sucedido. Mantenerlo así es una farsa.

—Y cada vez va a ser peor. —Rava se revolvió en su silla—. A medida que la demencia senil vaya progresando, Cordelia tendrá cada vez menos control sobre él. Nos preocupa hasta dónde puede llegar para obedecer la orden de «mantenerlo con vida». Por eso no la hemos vuelto a conectar ni a su memoria permanente ni a la nave.

—¿Y vuestra solución es reiniciarla a partir de una copia de respaldo borrando la memoria de esos dos años? Incluidos todos los registros de los nacimientos de esos dos años... —La tía Fajra recorrió al resto de los miembros del consejo familiar con la mirada—. Eso requerirá el consenso de toda la familia.

—Sí, lo entendemos.

—Bueno, en realidad hay otra opción. —Ludoviko estiró las piernas y prácticamente se reclinó en la silla—. En su equipaje, nuestros antepasados metieron un duplicado de respaldo de todo. En el almacén hay otra IA. Si la arrancamos de cero, podría acceder a la base de datos de recuerdos sin absorber el contenido emocional que está fastidiando a Cordelia.

—¿Cómo? —A Rava se le quebró la voz mientras giraba la silla para quedar frente a él—. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque esta solución equivale a matar a Cordelia. — Ludoviko alzó la cabeza y Rava se sorprendió al ver que los ojos le brillaban por las lágrimas—. Como tú eres su encargada, no puedes estar involucrada en ello, y yo no podía arriesgarme a que lo supieras.

—Pero Cordelia no nos... no, claro. —Puesto que Cordelia no tenía acceso a su memoria permanente se habría olvidado de la existencia de esa otra IA. A Rava el estómago le dio un vuelco—. ¿Se te ha ocurrido pensar que si supiera que tenemos esa otra opción igual reaccionaba de otro modo?

—¿Te refieres a que podría mentirnos? —La voz de Ludoviko sonó sorprendentemente amable.

—Pero Cordelia no es una máquina, es una persona...

Ludoviko ladeó la cabeza y dejó a Rava sintiéndose como una tonta. Por supuesto, esa reacción era justo el motivo por el que su hermano había pensado que no debía contarle lo de la IA de respaldo.

—Tienes razón. Cordelia es una persona —intervino la tía Fajra mientras daba golpecitos al transmisor que tenía delante—. Una persona peligrosa, desequilibrada, que no puede seguir realizando un trabajo productivo.

—Pero no es culpa suya...

La tía Fajra levantó la mirada del transmisor, con los ojos brillantes.

—¿Acaso Georgo tiene culpa de tener demencia senil?

Rava se hundió en su asiento y negó con la cabeza.

—¿Y... y si la mantuviéramos desconectada de la nave?

—¿Y qué?, ¿que sobrescriba siempre el mismo bloque de memoria? —dijo Ludoviko moviendo la cabeza negativamente—, ¿que solo pueda recordar una semana? Bonita vida le estás ofreciendo.

—Al menos debería poder elegir.



Cuando la puerta se abrió, las cámaras de Cordelia se giraron para apuntar a Rava.

—Está muerto, ¿verdad?

—Lo siento —dijo Rava asintiendo con la cabeza.

La IA hizo como que suspiraba, y los gestos que convencionalmente expresan la pena se manifestaron en su proyección. Luego apartó el rostro y las cámaras de Rava.

—¿Y yo? ¿Cuándo vais a reinstalarme esa versión anterior?

Rava se dejó caer en el asiento que había junto al chasis de Cordelia. Las palabras que tenía que decir se le amontonaban en la garganta y casi la ahogaban.

—Te pueden... te puedo ofrecer dos opciones. En la bodega hay otra IA. La familia ha votado a favor de que seas sustituida. —Clavó las uñas en la carne de alrededor de la cutícula del pulgar, que ya tenía en carne viva—. Puedo apagarte o dejar que sigas encendida, pero desconectada.

—Es decir, sin memoria permanente.

Rava movió la cabeza afirmativamente.

Por debajo del ronroneo de los ventiladores, a Rava le pareció oír cómo se iban ejecutando las instrucciones de código mientras Cordelia procesaba los pensamientos más deprisa que cualquier humano.

—Por falta de un clavo...

—¿Cómo dices?

—Es un adagio. «Por falta de un clavo...» —Cordelia se interrumpió. Miró hacia arriba y hacia la izquierda, mientras buscaba una información que no estaba allí—. No me acuerdo de cómo sigue, pero sospecho que era irónico. —Y estalló en unas convulsas carcajadas.

Rava se puso de pie y alargó las manos hacia la IA, como si pudiera consolarla de algún modo, pero la imagen presa de esa agonía no era más que un holograma. Rava tan solo podía ser una mera testigo de su sufrimiento.

La risa se interrumpió tan repentinamente como había comenzado.

—Apágame.

La imagen de Cordelia se desvaneció y las cámaras se quedaron desmazaladas.

Respirando superficialmente para mantener a raya sus propios sollozos, Rava sacó la llave del bolsillo. La tarjeta de plástico tenía agujeros perforados y líneas metálicas que recorrían la superficie en una combinación de códigos físicos y electrónicos.

Mientras iba enumerando los pasos del procedimiento, fue desconectando metódicamente los sistemas que hacían vivir a Cordelia.

Uno: introducir la llave.

Había sabido cuál iba a ser la elección de Cordelia. En realidad, ¿cuál era su otra opción? Irse desgastando lentamente, los bloques escribiéndose y sobrescribiéndose una y otra vez.

Dos: verificación de las huella dactilares.

Sin embargo, el tío Georgo había elegido quedarse, y Cordelia podía haber imitado su ejemplo.

Tres: confirmar el apagado.

¡Si no se le hubiera caído el chasis...!, pero la verdad habría terminado por salir a la luz.

Cuatro: reconfirmar el apagado.

Miró la última pantalla. «Por falta de un clavo...». Al día siguiente iría a la tienda a comprar un bolígrafo y algo de papel.

Confirmar el apagado.

Y entonces, con ellos, escribiría sus propias memorias de Cordelia.

© 2010 Mary Robinette Kowal

Traducido del inglés por Marcheto

<http://cuentosparaalgernon.wordpress.com/>